

Como el cofre del pirata Billy Bones

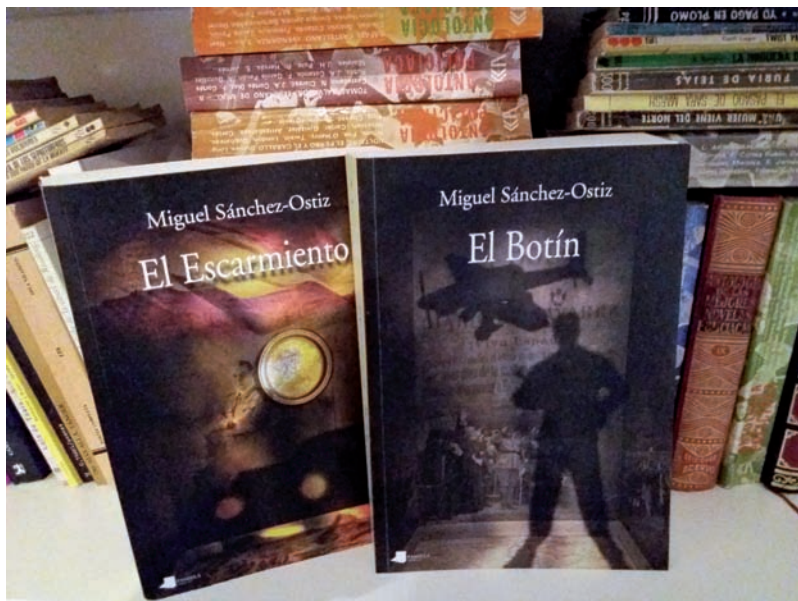
Alfons Cervera



Las lecturas de verano. Eso dice el marketing de una cultura en que leer sigue siendo una rareza. Aquí no lee ni dios. Y aún otra cosa peor: ¿qué leemos? Entrás en una librería -si es que no compras los libros por internet- y te tropiezas con los superventas del esoterismo histórico, con los nombres que salen en los telediarios y en otros programas de la tele, con esas sonrisas que te ofrecen ayuda para que salgas de la crisis espiritual en que se ha convertido tu existencia. Leer sigue siendo una actividad clandestina y los libros que valen la pena has de buscarlos en los estantes más escondidos de las librerías. Las lecturas de verano son esa trampa del mercado que nos tumba, junto a la piscina o en la playa, con un libro que hemos visto anunciado en las estaciones de tren o los aeropuertos. Nunca miro esos carteles publicitarios que anuncian una novela al lado de un plan de pensiones o las hamburguesas de tres pisos. Busco por mi cuenta. Es la costumbre. Cada cual tiene las suyas. Por eso acabo de leer uno de esos libros que tratás de encontrar con bastantes dificultades, como el mapa del borracho Billy Bones en *La isla del tesoro*. Me habló de él mi amigo Antonio Somoza, libertario hasta las cachas, coleccionador de grafitis por las calles de Málaga, lector de novedades desapercibidas a la estrábica mirada del consumo. Hace unos meses me dijo: lee *El escarmiento* y *El botín*. No

conocía esos libros. Se habían publicado unos años atrás. No muchos. Sí que había leído casi todas las novelas anteriores y muchos poemas de su autor, uno de mis escritores más admirados: Miguel Sánchez-Ostiz. Es de Pamplona. Ahora he acabado el primero. El otro caerá enseguida. Y seguro que es lo mismo de imprescindible.

Los tiempos primeros de la guerra en Navarra. En la ciudad de Pamplona. La mezcla de la realidad y la ficción. La necesidad de contar para que el silencio y el olvido se vayan a la mierda: "Sabía que tarde o temprano contaría esta historia o la historia tejida con los jirones, las hilachas de lo escuchado a lo largo de toda una vida". Contar lo que levantó el general fascista Emilio Mola en la Navarra de comienzos de la guerra: ese maldito escenario en que se representara con todo lujo de detalles "el escarmiento". Ese militar golpista del que sus más cercanos decían: "No pensaba más que en matar". Lo cuenta Sánchez-Ostiz en esa inmensa y documentada recreación de aquellos años llenos de muertos, de juicios falsos, de espacios consagrados no se sabe bien si a la memoria o al olvido. Ese espacio en la ciudad de Pamplona: el Fuerte de San Cristóbal. La huida de los presos, cómo fueron cayendo de nuevo poco a poco: esta vez bajo los pelotones de fusilamiento o en cualquier sitio donde fueran detenidos. Las cunetas llenas de silencio. Sin abrir esas fosas clandestinas porque aquí escribir de lo que pasó sigue siendo algo que no toca. Escribir



Hay que leer estos dos libros (Foto: A. C.).

de todo aquello “pasa por no romper el encantamiento de la Transición”. Lo que cuenta el autor de su ciudad en aquellos años se puede contar de muchos otros sitios. Pero lo que cunde es el silencio. O seguir escribiendo lo mismo que se escribía en el franquismo, pero de una manera más o menos disimulada que tiene que ver con la impostura.

En este libro de lectura inexcusable escribe Miguel Sánchez-Ostiz lo que ahora pasa. Lo que sucedió entonces es la base de donde arranca todo, pero la escritura es desde el hoy más rabio-

samente actual. Los unos y los otros. Como si el tiempo siguiera siendo el mismo. Los unos pueden hablar. Los otros han de seguir guardando silencio: “Esta es la historia del desacuerdo, no entonces, ahora, ahora, cuando importa es ahora, lo que no quieren que removamos es el presente”. Apunten los títulos: *El escarmiento* y *El botín*. Editorial Pamiela. Autor: Miguel Sánchez-Ostiz. Búsquenlos como si fueran el plano que encontró Jim Hawkins en el cofre pirata del borracho Billy Bones. Y léanlos, lean estos libros que nunca verán anunciados al lado de un plan de pensiones o una hamburguesa de tres pisos.